

Fatos Kongoli

Bolero en la villa de los viejos

Traducción del albanés
de Ramón Sánchez Lizarralde

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Primera parte

Hacia el mediodía, la jefa de enfermeras me dijo que debía presentarme ante el jefe del pabellón. A mi mirada interrogante ella respondió con un encogimiento de hombros y me abandonó en mitad del pasillo con la orden de que dejara cualquier otro asunto y acudiera allí donde se me llamaba.

El despacho del jefe del pabellón, simultáneamente su sala de consultas, se encontraba en el extremo contrario de la clínica, al otro lado de un tabique con puertas de vidrio mate, al fondo del pasillo. Para acceder era necesario atravesar una especie de antesala donde vigilaba una rubia de nombre bisílabo, Eda, en torno a la treintena igual que yo. Entre el personal era conocida por el sobrenombre de Sharon Stone, lo que no dejaba de sorprenderme pues entre ella y la famosa estrella no existía la menor semejanza. Por esa razón, siempre que me encontraba ante ella la observaba con atención tratando de averiguar en qué podía parecerse a la otra. Pero existía además otro motivo bastante menos neutro: me encantaba mirarla. También me gustaba el perfume que exhalaba su cuerpo. Un perfume francés que debía de ser caro, decían las enfermeras.

Ante la puerta cerrada del despacho del jefe había cinco o seis personas, hombres y mujeres. Cuando me acerqué, me abrieron paso. Llamé empujada por una vaga curiosidad: ¿qué querría el doctor de mí? Entretanto, en el rectángulo de la puerta apareció Eda. Me invitó a entrar y, después de cerrar la puerta, me dijo que tomara asiento en la única silla que había al otro lado de su mesa.

No me sentía tranquila. No era capaz de imaginar un motivo por el que el doctor pudiera haber decidido convocarme expresamente a su sala de visitas. Nunca recibía a nadie allí, mucho menos a una enfermera corriente como yo. A decir verdad, hacía tiempo que no me dejaba impresionar por nada, de modo que tampoco me iba a impresionar que el doctor, con esa llamada inesperada, me fuera a comunicar la decisión más extrema, es decir que estaba despedida del trabajo. Esa eventualidad quedaba excluida. Yo no recibía dinero bajo mano de los pacientes, aunque nunca había llegado a suceder que se despidiera a ningún médico o enfermera por un motivo semejante. Recordaba únicamente un caso de despido, hacía unos tres o cuatro años, cuando una enfermera fue sorprendida practicando el sexo con un paciente durante el turno de noche. Más tarde, con el cambio de jefe de pabellón –esto sucedía cada vez que cambiaba el Gobierno o se producían cambios gubernamentales, en consecuencia cada vez que cambiaba el ministro de Sanidad– y la llegada del jefe actual, fue readmitida en el trabajo bajo promesa de que no volvería a repetir el fatal error. Este gesto del nuevo jefe, hasta entonces simple médico de la clínica, fue bien acogido por el personal. En compensación, nadie dijo una palabra cuando, tras el citado gesto, el colega re-

cién ascendido, en lugar de la secretaria de su antecesor, colocó en su antesala a la rubia de nombre bisílabo, Eda, a quien muy pronto apodaron Sharon Stone.

Durante un rato hice esfuerzos por no poner los ojos sobre Eda. Al comienzo los mantuve bajos, mirando hacia el suelo. Luego los dejé vagar por las paredes, donde entre los carteles de contenido médico llamaba la atención un calendario de grandes dimensiones con retratos de las mises del año anterior. Se me ocurrió una idea: preguntar a Eda si le gustaba más Mis Albania o Mis Shqiperia. Después, si se presentaba la oportunidad, en qué concurso le habría gustado participar, en el de Mis Albania o en el de Mis Shqiperia.

Incapaces de resistir por más tiempo la tentación, mis ojos se posaron sobre Eda. Estaba cumplimentando unos formularios. Vestía una bata blanca de un tejido de más calidad que el algodón corriente de la mía. Desde la posición un tanto retrasada en que me encontraba, aproveché para sumergirme en su perfil, con las suaves curvas de la frente, la nariz y los labios cerrados. Allí mis ojos se detuvieron por un instante. Sentí deseos de acercarme a ella y acariciarle los labios, sorbérselos. Alarmada ante la posibilidad de que ella hubiera captado mi deseo, permanecí inmóvil a la espera de alguna reacción. Por poner un ejemplo, que me ordenara desaparecer de la antesala. Pero ella, indiferente hacia mí, continuó ocupándose con despreocupación de cumplimentar los formularios. Abandoné los labios, descendí hacia abajo, por las curvas del mentón, la garganta y, todavía más, allí donde la bata abotonada hasta arriba permitía que se manifestara un tanto la prominencia de los pechos. Sospeché que estaban sueltos, sin sostén. Sospeché asimismo que, a causa del calor, bajo la bata

blanca no llevaba siquiera camisa. Entonces chirrió la puerta del despacho del doctor. Me estremecí y me puse en pie de forma automática.

El doctor, de unos cuarenta y cinco años, con una bata blanca de la misma buena calidad que la de su asistente, me dijo: «¡Ven!» en voz baja, con una especie de complicidad, se diría que me estuviera invitando a una sesión de sexo. También esta posibilidad quedaba excluida, de modo que penetré en la sala de visitas más o menos sosegada, ya fuera porque no me estaban invitando a una sesión de sexo, ya porque el contacto a distancia con los labios de la asistente se había interrumpido.

«Ésta es la señorita Parashqevi, de la que estábamos hablando», le dijo el doctor a un hombre que permanecía en pie, apoyado en una estantería llena en parte de libros y en parte de toda suerte de objetos. El hecho de que el doctor me llamara señorita, y sobre todo la constatación de que hacía unos momentos habían estado hablando de mí, me desconcertaron. El hombre, un tipo atractivo de elevada estatura, en torno a los cuarenta, esbozó una sonrisa. Pese al calor, llevaba traje y corbata. El traje era de color azul y le sentaba bastante bien. La corbata era igualmente azul, con lunares blancos. Me agradó su rostro, desde el que me contemplaban con una suerte de curiosidad y comprensión a un tiempo unos ojos tranquilos. «El señor se llama Leonard Voga, para abreviar lo llaman Nardi», completó las presentaciones el doctor. «Por el momento, toma nota de que es el presidente de la empresa constructora Cuarteto. ¿Has oído hablar alguna vez de la empresa Cuarteto? Es la más poderosa de nuestra querida patria.»

No entendía nada. Yo no estaba acostumbrada a un trato tan familiar con hombres. Mucho menos con

hombres como el doctor o el tipo atractivo que, por lo que me acababan de decir, pertenecía a la categoría de los *magnates*. Con un turbio presentimiento, permanecí inmóvil en mitad de la habitación bajo la mirada de los dos hombres. Tuve una especie de mareo, sentí deseos de sentarme en una silla, o en la camilla situada junto al aparato con el que el doctor hacía los ecocardiogramas, pero como nadie me ofrecía que me sentara, me contuve. «No sé en qué puedo serle útil, doctor», dije a media voz.

Los hombres intercambiaron una mirada. «Puedes ser muy útil», me respondió el doctor, «depende de ti». Pronunció estas palabras en el mismo tono de complicidad de unos instantes atrás, cuando me había pedido que entrara como si me estuviera invitando a una sesión de sexo. Por ejemplo, en la camilla situada junto al aparato de las ecografías de corazón. En aquella camilla le hacía a veces ciertos reconocimientos no estrictamente médicos a la asistente apodada Sharon Stone. Yo no depositaba esperanzas en la posibilidad de una invitación para semejantes chequeos. No obstante, las palabras del doctor, de acuerdo con las cuales yo podía ser útil y eso era algo que dependía de mí, me estimularon. Me empujaron a estructurar un razonamiento formal: la convocatoria a la sala de visitas del doctor no había sido producto de la casualidad. Si no estaba relacionada con la camilla situada junto al aparato de las ecos, debía estarlo con la presencia del hombre alto y atractivo. Al parecer, podía serle útil a él. Pero ¿qué necesidad podía tener aquel hombre de un ser como yo?

Unos quince minutos más tarde salí del despacho del jefe envuelta en cierta confusión. Sumergida en los formularios, Eda ni siquiera se tomó la molestia de al-